

el hombre es fuerte en sus sueños, fuente y consumación de sus energías. La realización de los sueños los debilita y aniquila.

Cabe pensar que el ejército, tal como lo perfila Jünger, es un espacio utópico. El soberano ideal es una suerte de Jefe de la Escuela Militar que logra el fin institucional (la seguridad) a través del derecho, en el sentido de lo recto. La decisión de lo bueno es la única manera de asegurar la libertad interior y la igualdad de los súbditos. El jefe es el mediador entre los hombres y el bien común, forma terrenal del Bien Supremo. Es lo vertical sobre la horizontalidad de la masa, Platón revisitado por Clausewitz. El cruce es el equilibrio. Como todas las utopías jüngerianas, la castrense está vocada a destruirse cuando se realiza, en la guerra. Una comunidad exclusivamente varonil (cf. Julio Verne) no puede proveer a su perpetuación.

De la experiencia utópica-distópica (utopía soñada y realizada) quedan museos y colecciones. La utopía sirve como idealización de la colonia, como deslinde entre el adentro europeo y el afuera colonial. Dos tipos de europeo, según los describe Jünger en *El corazón aventurero*, existen como las dos probables mitades del propio europeo Jünger: el alemán nocturno y el diurno judío, que encarna en la banca, la prensa, el comercio y las ligas populares. Para los alemanes, para el sueño de la noche alemana, Europa es un caso de germanidad, algo a rescatar del judaísmo, que se ha apoderado de Francia, y del americanismo, que invade el continente tras la victoria militar de 1918. Fascinado por París y sus valores «judaicos», Jünger pone en escena un conflicto que tal vez no tenga solución dialógica. La guerra de 1939, de modo trágico, lo demostrará.

En el deslinde de Europa hay un lugar privilegiado, que es Africa. Es la Mauritania que aparece en varios relatos, lugar donde el europeo funda sus colonias utópicas sobre el suelo sin historia: una sociedad sin momentos, eterna y permanente. Mauritania es la tierra de la vida inmediata, el mundo nuevo, que se renueva y se refunda a cada instante, la vida que se vive sin abstracciones ni símbolos. Se complementa con las Hespérides, el lugar del saber originario y oculto, el bien y el ideal, las fuentes del nietzscheano poder intacto por la técnica.

En la Legión de *Juegos africanos* se juntan el grupo utópico y el lugar sin historia. Alimentado por malas novelas de aventuras, el joven europeo parte hacia el viaje y la extrañeza. Es el «hijo natural» de la vida (civilizada) que retorna a su orden legítimo, denunciando como ilegítimo (o caído en ilegitimidad, en anomia) al orden cotidiano de la Ciudad.

La Legión es una alegoría de la Europa de entreguerras: los europeos trasladan al Africa sus provincias y hacen allí unos negocios más desenfadados. Se plantean romper el muro que los divide del mundo no europeo. Pueden perderse en él, desapareciendo como Rimbaud, o convertirse en un africano más, una árabe más, como T.E. Lawrence.

En la Legión todos hablan distintas lenguas. Su esperanto son las armas, en medio de una comunidad inamistosa. Son conquistadores: no los une una afinidad mutua,

íntima, sino la empresa exterior, el mundo a dominar. Son como las legiones romanas en la antigua Germania: extienden las fronteras a partir de un centro imperial que desconocen. Alemania fue Africa alguna vez. No se trata de superponer una nación a otras, sino de construir un universo en expansión, el cosmos imperial.

El Africa de Jünger es utópica, o sea literaria. Él viaja por sus lecturas y sus mapas mucho más que sobre la tierra africana. Lo acompaña siempre un libro de viajes y el castillo de If no tiene más realidad que su descripción en *El conde de Montecristo*. Las ciudades del norte africano le parecen grabados de Piranesi o paisajes florentinos. Son lugares soñados, imágenes de sus libros infantiles. Los contempla de la mano de su padre, que es la Legión.

El legionario reaviva otro mito literario, el de Robinson. Refunda Europa en el desierto de la historia y se plantea los problemas de legitimación que tiene todo pionero: ¿qué ley invoco? Cuando advierte que lo habilita la ley de la Ciudad, comprende que su viaje utópico ha fracasado, que no ha salido del punto de partida.

Romanticismo

El mundo de Jünger es orgánico. Su modelo es el vegetal, que respira y se alimenta. En él, se desarrollan las fuerzas vitales. Una planta sustituye a la otra y la muerte es inalcanzable para la especie, para el gran organismo de la vida. Lo vegetal es, por ello, paradigma de la juventud: anarquía, madera, flor. La vejez va mineralizando la planta, como en la entraña de la tierra el leño se vuelve carbón y, por fin, diamante. Conservatismo y nihilismo son cristalizaciones minerales de la vida. Eros lleva a Tántalos y los grandes recintos de la pasión (la guerra, el amor, el poder) conducen al equilibrio: indiferencia y aburrimiento. Visto en otra oposición bipolar, el mundo se agita entre el azar que domina al esclavo y la determinación del azar que cumple el amo. Pensar es, como en un juego de cartas, hallar combinaciones azarosas. La lógica de la música y el *Witz* en la poesía romántica. El azar tiene una razón, pero está oculta en el curso de los astros: es una razón paradójicamente misteriosa. La alcanzaron los viejos cultos solares y lunares, pero sus arcanos se han perdido y, con ellos, nuestro acceso a la lógica central del mundo.

Más honda que toda cultura, hay en el hombre una estructura invariable que semeja el orden en la vida de los insectos. Es un tejido de obstinada permanencia, que puede romperse, pero que se regenera. Educada por el darwinismo, la generación de Jünger advierte que, al intentar una explicación de los enigmas últimos de la vida, Darwin sólo ha conseguido reforzarlos. La cifra de esta crisis es Strindberg, un hombre interesado, a la vez, por el asunto Dreyfus y por la piedra filosofal. Se trata de volver a romantizar la ciencia: Freud.

Como a todo romántico, preocupan a Jünger el origen y lo absoluto. Se lee en *Juegos africanos*:

Este era mi propio tema: conducir la vida desde sus fuerzas propias, por un camino intransitado.

Es la fórmula de la «salud interior», el reencuentro de lo primordial dentro de sí. Traducido a términos nietzscheanos: encontrar el camino hacia Dios en un tiempo sin religiones, vacío de Dios pero no privado de él. En términos figurativos, la travesía de unos jardines cada vez más luminosos hasta llegar al supremo jardín donde la luz absoluta reduce todo color a cristal, a puro destello. Una suerte de recuperado paraíso perdido. Ir desde la diversidad de la historia en tierra de exilio, hacia la patria de la unidad sin oposiciones. Ir es volver, andar es desandar.

Lo que llamamos ser (lo que somos) es un juego de combinaciones pasajeras de lo absoluto, al cual vamos o retornamos con la sorpresa de la muerte, que nos convierte en mistagogos o iniciados. De ahí, según se verá más abajo, las dos concepciones fundamentales del tiempo: la occidental (tiempo homogéneo y lineal, de reloj mecánico, que avanza hacia su término) y la oriental (tiempo heterogéneo y cíclico que vuelve al origen y es medido por la ampollita). Bajo ambas superficies, hay lo infinitesimal, que escapa a toda medida. En una perspectiva organicista romántica, son más verdaderas las cosmogonías antiguas y las leyendas del génesis que los sistemas de la filosofía intelectual.

Por ello, todo conocimiento auténtico es pérdida de la consciencia, palabra primordial y silencio. Una suerte de saber eterno y oscuro, inconcebible, que se intuye en las formas pasajeras del humo y el fuego, y las ondas del agua y el aire. Es acceso a lo materno, a la unidad indistinta. Un pensar sin pensamiento que, como quiere Hamman, sea despojada alma, desnuda de discurso. Es como tocar el pensamiento, una mortal erótica del saber.

Jünger propone, otra vez románticamente, remontar la herencia de la Ilustración, que nos ha llevado a la castración moral, sustituyendo el delito por la enfermedad, gracias al ideal puritano y epidérmico de la salvación, que ignora ser una consecuencia del mal.

Los valores devienen cantidades y el progreso es tomado como redención. El individuo es un mecanismo y en lugar de ser un servidor del mal es una maquinaria del mal, que se puede estropear y componer. La civilización ha llegado a su propia barbarie (los Estados Unidos) en contra de la cultura de lo natural, el alma: Alemania. Una ciencia romántica propone estudiar el velo que cubre la secreta realidad prodigiosa del mundo, que es obra de un artista supuesto (Dios). No se trata de despejar la oscuridad, como propusieron las Luces, sino de acceder al borde del abismo. Un conocimiento que, partiendo del corazón, radique en el cuerpo, un cuerpo dotado de raza, la cual permite percibir a las otras razas (cf. *El corazón aventurero*).

Sujetos de este saber regresivo e infuso son el deseo y el sueño. Lo dice el pintor de *Heliópolis*:

La dicha es momentánea (...) La vida es una cadena de anillos soldados por el deseo (...) El enemigo del hombre es la saciedad como la plenitud de la muerte es el anhelo o la nostalgia (*Sehnsucht*).

Jünger anota regularmente sus sueños a lo largo de sus diarios. En ellos aparece otro mundo, o quizás el mundo del cual la vigilia es el otro: una fauna fantástica, un padre muerto, un hijo inexistente y llamado Carus. Es el otro que me cuenta mi historia. Un ser sin leyes, que puede naturalizar mañana lo que es sobrenatural hoy, según el dicho de Cocteau. El mundo acaba por ser un sueño y tanto más inmortal cuando más fuerte es lo soñado. Los sueños nos seducen y nos llevan hacia lo que Jünger denomina «solipsismo activo». Los sueños son espuma (*Traüme sind Schäume*) pero espuma del infinito. Por ello podemos volver, en sueños, a unas vidas anteriormente vividas, convivir con los muertos y percibir la vida como totalidad universal de los posibles. El soñador alcanza la categoría profesional de Dios, pues en el sueño «nada es real y todo es expresión de la realidad», en contra de la herencia ilustrada que confía en la realidad de aquello que conocemos con un extremo grado de lucidez.

La figura ejemplar de este sujeto empujado por su deseo hacia caminos fiables y misteriosos, y que se considera creador de un mundo que ha soñado, pero irresponsable de sus maldades e imperfecciones, es el romántico *Wanderer*, el errante solitario que vaga por el bosque intrincado y hospitalario. Jünger lo (auto)retrata en su segundo diario parisino (1943/4): está en lo alto de un puente, debajo del cual corre un oscuro torrente, entre riberas cubiertas de niebla. Se sabe eminente sobre un camino cuyo origen y meta ignora. Administrado por fuerzas misteriosas, infinito y oscuro, este mundo sólo ofrece un refugio: la soledad (cf. la *Carta siciliana al hombre de la Luna*, 1930). Porque «en el fondo, todo hombre es solitario, pobre y único en el mundo» (cf. *Eumesvil*).

Cabría preguntarse, con Fritz Raddatz, si Jünger puede conciliar la soledad y el solipsismo, y si no es más bien un solipsista que un solitario. En efecto, no se distancia del mundo por medio de la ironía (Thomas Mann, Marcel Proust) y describe su íntima destrucción, sino que recorre sus quiebros y eminencias como un geólogo que reconoce un cosmos difunto. Nos cuenta una guerra sin heridas, se distancia de la modernidad sin visitar sus cloacas (Céline, Jean Genet, Ezra Pound). Por ello, su opción política tampoco es radical, de un radical fascismo, por ejemplo. No construye una obra, sino el diario de viaje de un *flâneur*, más que un *Wanderer*. Su historia contemporánea está muerta antes de nacer, es el museo de sí misma. Jünger la mira desde la tumba monumental de los caballeros andantes medievales, que cabalgan en los grabados de Durero junto a la Muerte y el Demonio. Su caso próximo tal vez sea, en estos años, Yukio Mishima, otro erótico de la guerra, de un homosexualismo masoquista que es la humillación del varón enclenque y feúcho ante el macho prepotente y atlético, el soldado maloliente y sucio que vuelve del combate sin saber si ha ganado o ha perdido. Sublimado en el kamikaze y en la identificación del fa